

Club DEL MISTERIO

Howard Fast
**EL ANGEL
CAIDO**



En la mente de David Stellman se había producido un cortocircuito. Y otro cortocircuito —o quizá el mismo— había dejado sin luz el rascacielos neoyorquino en el que se encontraba. Ambos estaban colapsados: el hombre atacado por la amnesia; el edificio privado de la energía que daba sentido a su gigantismo. Y la violencia se desató con la extraña caída del magnate desde el piso 22. La luz volvió al edificio, pero David tenía que atravesar un túnel de terror antes de recuperar su propia lucidez. Un túnel donde el asesinato brutal parecía algo sin importancia.

1

La escalera

Voy a contarle todo tal como sucedió y podrán ustedes juzgar por sí mismos... lo cual es todo cuanto puedo pedirles en este punto y me parece que ya es bastante. Todo empezó un día de marzo, en una tarde lluviosa y lúgubre, cuando algo ocurrió con las luces del edificio y nos quedamos completamente a oscuras; estábamos en pleno siglo XX pero tan indefensos y aislados como lo había estado el hombre en los comienzos del mundo.

Desde donde yo me hallaba sentado ante mi escritorio, encaramado en el piso veintidós, veía la punta de la isla de Manhattan, la bahía, el río y la estatua de la Libertad; los remolcadores y vapores, las barcasas y los muelles, todo bajo una lluvia que le comunicaba un aspecto gris y triste a esa parte de un mundo atribulado, donde la gente como yo compartía la confusión pero muy poco más. No sentía ninguna emoción en esa isla desierta que había sido construida para nosotros y tampoco participaba del alborozo de los taquígrafos y tenedores de libros que se proponían pasar allí la noche y pasarla bien. Cuando dieron las cinco, me puse el impermeable y el sombrero, preparé mi pipa y anuncié que me iba.

—Quédese —arguyó Josephson, el gerente—; abriremos una botella y lo pasaremos bien.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Sólo se trata de una velada social, con una buena excusa para la parienta. No funciona el ascensor y estamos

presos aquí.

—No soy casado —repuse— y me pagan por trabajar desde las nueve hasta las cinco.

—¿A qué se debe ese malhumor?

¡Ah, podría decirle a qué se debía! Él me ponía de malhumor y todas las personas como él y la horrible inutilidad, la enorme inutilidad de pasarse la vida en un lugar como ése y de ser contable y de oír sus simples estupideces y su estúpida simplicidad. Podría decirle: porque usted no tiene honor, ni virtud alguna y muy poca alegría y conozco la monstruosa mezquindad y la calidad afiebrada de sus pequeñas y sucias infidelidades; porque usted, como yo, carece de amor y de fe y por lo tanto no es nada. La única diferencia es que usted no lo sabe y yo sí.

Todo esto lo pensé para mis adentros pero me encogí de hombros y sin decir nada me fui; hallé la puerta de salida, el pozo negro de la escalera y empecé a bajar piso por piso hasta la calle.

Así comenzó todo; al principio, mientras tanteaba el camino por las escaleras, traté de contar, pero después de cinco o seis pisos las vueltas se mezclaron en mi mente y perdí toda noción de dónde me hallaba... lo cual no era muy importante puesto que cuando llegara abajo, abajo estaría y esto era lo que importaba. En este hueco de escalera había varios tipos de oscuridad; a ratos la oscuridad total que proviene de la exclusión absoluta de la luz; a ratos una oscuridad oscilante cuando alguien abría alguna puerta de salida para unirse a la cautelosa procesión; ocasionalmente un rayo de luz como una puñalada proveniente de alguna linterna; otras veces una aureola de débil resplandor cuando alguien encendía un fósforo... pero sea como fuere yo tenía mi pipa delante de mí y su incandescencia me reconfortaba.

Bajaba guiándome por la pared, como hacían los demás, supongo, y si, al principio, estaba solo pronto advertí que otros se unían a mí por el curioso zumbido de voces sin

cuerpo que llegaba hasta mí en semejantes tinieblas, la repentina risa nerviosa, los gritos de alarma burlones. Lo complejo de esto era que un hecho tan sencillo como el corte transitorio de la corriente eléctrica había cambiado a estas gentes y las había afectado muy profundamente, a pesar de que negarían que esto fuera más que una jarana. Sin embargo, no era una jarana, porque la corriente eléctrica representaba su civilización, y ahora se habían quedado sin ella. De modo que mezclado con su risa y su refunfuñar había algo de temor, un temor que era hasta cierto punto simbólico y también real.

A los cinco o seis pisos la pipa se me apagó y me detuve para encenderla, recostado contra la pared y buscando uno de los varios encendedores que siempre llevo conmigo. La llama iluminó ese sector del hueco de la escalera y divisé a menos de sesenta centímetros de mí y arriba, a la muchacha más hermosa que había visto en mi vida; la breve impresión que recibí fue de una muchacha hermosa y también asustada, pero posiblemente no tanto como yo me imaginé, porque la vi sólo un momento mientras duró la llama. En aquel corto instante distinguí una cabellera negra y suave, de un negro azabache, corta y con flequillo, ojos azul oscuro que parecían violeta a la luz del encendedor, una bonita nariz y una delicada barbilla, un rostro redondo y una boca amplia y sensible. Todo esto lo vi rápidamente y el temor iba mezclado con la impresión, pero sólo duró un momento y luego mi encendedor se apagó y a fe mía no me decidí a encenderlo de nuevo. Por lo cual aspiré la pipa y traté de divisar a la joven a su tenue resplandor, y allí nos quedamos mientras dos personas pasaron por nuestro lado con cautela; pero no nos movimos y, por fin, ella me preguntó dónde estábamos, con voz suave y modulada y con cierto acento al hablar, pero tan leve que no estaba nada seguro de cuál podía ser su país de origen.

—He perdido la cuenta —dije, intrigado por saber con quién me había confundido, puesto que en su voz había

esa intimidad aceptada y peculiar que existe entre personas que se conocen pero no entre extraños.

—Creo que en el décimo piso —calculó ella.

—Tal vez.

—Quiero bajar con usted —dijo.

—Muy bien, si así lo quiere.

Se acercó a mí y me tomó del brazo, y empezamos a bajar las escaleras así; el corazón me martilleaba en el pecho, me ardían las entrañas como me ocurre a veces, ya que era ésta una situación provocativa y calculada para un hombre que se sentía como yo, repentinamente palpitante de pasión y deseo cuando había estado muerto antes.

—Hace mucho que no le veo —comentó ella—, y me asusté cuando se detuvo y encendió ese encendedor. ¿Sabe lo que me tranquilizó?

—No... ¿qué? —repuse, pensando que la cuestión de identidad podía ser aclarada mejor en la acera.

—La pipa, y ese tabaco que apesta. Eso hizo que me acordara de usted y le reconocí enseguida.

—¿Está segura de que me conoce?

—Por supuesto; Es el mismo tabaco, ¿verdad?

—El mismo de siempre.

—Entonces no hay duda.

Y seguimos bajando, piso por piso, ella guiada por mí, asida de mi brazo y sin decir una palabra, en un silencio que yo no iba a romper hasta llegar casi a la planta baja, cuando de pronto ella observó que sabía quién estaba detrás de todo esto.

—¿Detrás de qué?

—Todo este estúpido asunto de cortar la corriente.

—Pensé que era un accidente —le dije.

—No... ¿de veras?

No discutamos, me dije para mis adentros. Eres muy bella, pero también parece estar un poco loca.

—Vincent —me aclaró con mucha seguridad, dando a entender que los dos le conocíamos muy bien—. Se divier-

te..., es su pequeña diversión. ¿Dónde vive usted ahora?

Habíamos llegado abajo; gradualmente la atmósfera se había aclarado porque las grandes puertas chapadas de bronce que daban al vestíbulo se hallaban abiertas y nos rodeaba la mortecina luz del día, suficiente no obstante para verla con claridad y mirar a la que había sido mi compañera en la oscuridad y mi breve pasión también; porque la pasión se había agotado ya en mí, y mirándola, contemplando su fina silueta, algo pequeña dentro de su traje negro bien cortado, con un impermeable transparente encima, una bufanda amarilla en el cuello, no pude recobrarla, aunque me invadió una desolación que no tenía ningún sentido.

—No ha cambiado nada —observó ella—. Ni más viejo, ni más joven, exactamente igual. ¿Quiere decirme dónde vive?

—No; creo que no.

—Bueno. Puedo averiguarlo si me lo propongo.

—¿Quién es ese Vincent que apaga las luces y para los ascensores? —le pregunté, sonriente.

Y por toda respuesta me miró con esa instantánea y tremenda expresión de miedo que había yo advertido cuando la vi por primera vez; luego, sin decir palabra, se volvió y empezó a bajar el tramo de la escalera que llevaba al sótano.

—¿Dónde va? —le grité, de pie ahí como un tonto—. ¡Oiga..., espere un minuto! —volví a gritarle, tan fuerte que las personas que bajaban por la escalera y pasaban junto a mí para salir al vestíbulo me miraron intrigadas... y entonces salí corriendo tras ella. Si las escaleras habían estado a oscuras, estas que bajaba ahora estaban sumidas en unas tinieblas infernales. Era un verdadero charco de tinta, una oscuridad palpable que, una vez desvanecida la luz del vestíbulo me llenó de esa clase de miedo que no había sentido desde pequeño... o por lo menos de la clase de terror que los niños sienten en los libros, porque yo no tenía no-

ción de mi propio terror en aquellos tiempos, sino más bien el recuerdo de una mezcla de distintos miedos en diferentes tipos de oscuridad. No obstante, seguí bajando, de nuevo guiado por la pared, y extrañado por la increíble profundidad de los cimientos de ese tipo de edificios.

Había diez tramos de escaleras y nueve descansos; en otras palabras, cinco pisos desde que dejé el nivel del vestíbulo, y todavía ni señales de la joven ni señales tampoco del final de la escalera y ningún resplandor de luz como tampoco ningún ruido. Puse el pie en el siguiente tramo de escalera antes de encogerme de hombros y abandonar la partida, trepar de vuelta hasta el vestíbulo, decir «¡Al diablo con todo esto!» y salir a la calle para irme a casa.

2

La calle

Pero mi vuelta a casa iba a ser retrasada de todos modos, aunque sólo fuera por la cantidad de gente que había llenado la calle, la calle mojada y lustrosa que ya había empezado a rielar con las luces de la tarde. Aquí, en la parte baja de la ciudad, la avenida Broadway no es ancha y cuando llegaron el camión de auxilio y cuatro coches de radiocomunicaciones y el camión de emergencia de la compañía y una ambulancia, el tránsito, sencillamente, quedó paralizado. Ésta es la forma en que la policía actúa con mucha frecuencia, sin usar la cabeza, sino amontonando una enorme cantidad de material, siguiendo las buenas y anticuadas tácticas militares.

Me abrí paso por entre la muchedumbre casi hasta donde estaba desplegada la sábana y oí que alguien decía:

—No pudo esperar el ascensor.

Empujé y vi el cadáver, pensando para mis adentros. «¡Qué chiste de tan mal gusto! Ningún respeto por la muerte, y muy poco por la vida». Me sentía lleno de un odio desproporcionado hacia el hombre que había hecho ese chiste, también sentía una enorme tristeza por el muerto que yacía ahí en la calle bajo la tela manchada de sangre.

Al mirar a este hombre, muerto en una arteria de la ciudad, la culminación del espantoso aplastamiento desde lo alto, la irrevocable zambullida hacia el impecable cemento, yo no podía dejar de sentir el postrer horror de sus últimos momentos de vida. Ninguna muerte, me dije, es peor, nin-

gún final más horrible; y su dolor era tan grande que tuve que quedarme ahí un rato y compartirlo, como si su propio y breve sufrimiento estuviera atado por un cordón a cada ser humano. No quiero dar la impresión de haberlo dramatizado como si hubiese sufrido un martirio. Sí algo pensaba en este sentido, pensaba en un pobre neurótico atrapado allá en las alturas del edificio, en medio del creciente y sombrío crepúsculo, presa del pánico, debido al súbito corte de luz y al cese de todo movimiento con los ascensores parados, se vio enfrentado repentina, abrumadoramente, con problemas que le eran propios, pero que no había reconocido hasta ese preciso instante.

No necesité escudriñar más en su alma condenada, porque cuando miré alrededor mío a la muchedumbre de hombres y mujeres quienes, en su mayoría, habían salido de oficinas muy similares apenas unos momentos antes, vi en sus rostros algunos vacilantes reflejos de lo que había afrontado este hombre muerto. Habían bajado en las tinieblas y él había saltado, pero nuestra singular soledad nos había emparentado. En un mundo de tantas preguntas sin respuesta, éramos un enigma apenas inspirador.

Una vez más eché una mirada a la desmañada forma del cadáver: la rodilla doblada como ninguna rodilla debería doblarse jamás, la cabeza carente ya de la altiva, de la antigua gloria de una raza que había trepado, con dificultad, demasiado alto, pero una cabeza informe y rota ahora, y las manchas de sangre que formaban una cuna para la figura ensabanada y solitaria. Entonces ya no pude mirarlo más y lo dejé a los ansiosos hombres de la municipalidad, con sus chaquetas blancas y sus chaquetas azules, que estaban armando tanta bulla y alboroto por alguien que no les necesitaba ya para nada y a quien no podían ni ayudar ni molestar.

Cruzando la avenida Broadway, fui al bar largo y angosto de Jimmy White, donde pedí un *whisky* doble con hielo y lo bebí con el estómago encogido. La brigada nocturna

se estaba poniendo en fila, acuciados por la necesidad de sustento, los eternamente jóvenes y desapasionados hombres de mi misma edad, figura, rostro y ropa, reunidos alrededor de unos pocos apresurados que aplazaban un ratito su llegada a sus hogares felices, o en todo caso la hacían más tolerable. Era un tema estupendo, de acuerdo con su charla, el que un hombre hubiera volado un instante en un salto terrible y luego se hubiera estrellado a los pies de ellos, aunque nadie sabía quién era.

—Yo estaba completamente borracho en septiembre pasado —dijo uno de ellos— en el Essex House, en casa de Bernie Jason, y me asomé por la ventana y dejé caer una sandía.

—¿Para qué diablos lo hizo?

—Para ver cómo sonaba. ¿No ha querido usted saber alguna vez cómo sonaba? ¿Oyó el ruido que hizo él?

—¿Bajó usted a pie desde allá arriba? —preguntó Jimmy White dirigiéndose a mí, suavemente, con esa maldita voz zalamera que usan los taberneros.

—Sí.

—¿Otro?

—No —repuse—. Nada más.

—No es suficiente para calmarle —sonrió.

—He dicho nada más. No tiene por qué convencerme.

—Está bien, está bien —asintió, apoyando las manos abiertas sobre el mostrador—. Bueno, aquí tiene usted el cambio.

Y se me ocurrió por primera vez que este hombre grandote y gordinflón era un invertido y que por añadidura se estaba comportando conmigo como una muchacha. Me volví para salir y, justo cuando llegaba a la puerta, las luces del edificio de la acera de enfrente se encendieron todas, con una simultaneidad y un brillo que daba la impresión de que cientos de ventanas surgían de pronto de la nada como otras tantas joyas. El cadáver había sido retirado; la muchedumbre se había dispersado y sólo quedaba el camión

de auxilio y un hombre con casco e impermeable que lavaba la acera con una manguera.

«Con cuánta rapidez —pensé—. Cuando la Municipalidad funciona, funciona...». Y traté de interesarme en la tarde que me esperaba. Como otras tardes, había que pasarla; había que pasarla para que fuera de nuevo por la mañana, para que yo pudiera ir al trabajo y por fin llegar a un punto desde el cual afrontar de nuevo la tarde. Nunca traté de comprender por qué esto era precisamente así; mi doble *whisky* se había asentado con eficacia sobre el sándwich que me había servido de almuerzo y llegó hasta mis dedos y mi cabeza, infundiéndome ánimos... a pesar de que yo no tenía ni mujer ni hogar que afrontar con ánimos. Aunque sentía la necesidad de comer, hay pocas cosas que me desagraden más que ir solo a un restaurante, y la rutina de un libro, un par de sándwiches y una botella de leche en mi apartamento no tenía el menor aliciente en mi presente estado de ánimo.

De alguna parte de mi pasado surgía un recuerdo de este mismo sentimiento que me embargaba ahora: la necesidad de mis semejantes en presencia de la muerte... no de las personas anónimas y tan a menudo sin rostro que pasaban por la calle o empinaban el codo azotando sus egos en el bar detrás de mí, sino de la proximidad de un ser al que yo quisiera y que me quisiera y que echara por tierra mi creencia de bastarme a mí mismo. Era para mí una verdadera religión, podían citarme como representante del individuo, del Individuo, pero por un corto espacio de tiempo deseaba renunciar, y me encontré mirando el edificio del otro lado de la calle, esperando, a medias, que la muchacha de cabellos negros y bufanda amarilla apareciera. Esbocé una nítida y bella fantasía, detallando todas las cosas que haríamos antes de terminar en la cama, de madrugada, bebidos pero no ebrios y si ella era un poco loca ¡qué más me daba!

Por fin crucé la calle y entré en el edificio. La gran puerta de bronce que, en el vestíbulo, daba sobre la escalera, estaba cerrada. Era una puerta común y han visto ustedes cientos de puertas iguales en los edificios neoyorquinos. Tenía una palanca a la altura de la cintura y uno la presionaba hacia abajo para abrirla.

Así lo hice y entré. El hueco de la escalera estaba bastante bien iluminado, arriba por la derecha, abajo derecho al frente y luego hacia la derecha, exactamente como en casi todos los edificios. Bajé. Medio tramo hasta un descanso, vuelta a la derecha y luego otro medio tramo. Y ahí terminaba y me hallaba en el sótano. No había más peldaños.

Eso era todo. Di la vuelta por la base de la escalera. A un lado estaba la pared que formaba los cimientos del edificio; luego un trecho ancho de sótano, luego paredes, corredores, bodega... pero escalera, ninguna. Por fin regresé hasta el pie de los escalones y me detuve ahí y meforcé en sonreír. Practiqué la sonrisa durante un rato y me liberé un poco del frío que sentía en la columna vertebral.

Entonces saqué la pipa y la encendí; estaba dando las primeras bocanadas cuando apareció el superintendente o el ayudante o el bombero o el encargado o lo que fuera; un hombre pelirrojo con traje de mecánico, el rostro y las manos manchadas de grasa y ninguna amabilidad en los ojos cuando me vio.

—¿Usted trabaja en la compañía de electricidad? —preguntó.

—No.

—Entonces, ¿en qué puedo servirle? ¿Es usted policía? —añadió.

—No; no soy policía —contesté, tratando que mi voz sonara tranquila y desenvuelta—. Cuando se apagaron las luces, bajé y me pasé de la planta baja por error; en el camino perdí un encendedor y me pareció que había bajado más de un par de pisos después de haber pasado de la planta baja...

—Puede usted ver que está equivocado —interrumpió, cortante.

—Sí —asentí—. Pero quería saber si habían encontrado el encendedor.

—Oiga, caballero —dijo el pelirrojo—; no hemos encontrado nada. Demándenos. Todos los chupatintas de tres al cuarto que trabajan allí arriba van a demandarnos, de modo que será mejor que suba. En cuanto a mí, yo sólo trabajo aquí. Me importa un comino su encendedor, pero será mejor que se vaya... porque ya hay demasiadas cosas que ocurren aquí para traer más lioso.

—Tómelo con calma —sugerí.

—¡Qué calma ni niño muerto!

Subí al vestíbulo. Sólo un ascensor funcionaba ahora. Estaba de turno Joe Turtle y, cuando entré, se hallaba colocando el pequeño mostrador y el libro de registro para la noche. Joe Turtle debía tener alrededor de cincuenta o cincuenta y cinco años; era un hombre pequeño, encogido, amargado, que había bebido muy poco de su copa y hallado el sabor demasiado amargo, demasiado. Así y todo, yo le tenía simpatía porque era orgulloso, pero no malhumorado, y él me tenía simpatía porque nunca me mostraba condescendiente con él y afrontaba su trato sobre una base de igualdad.

—¡Hola, Joe! —le saludé—. Qué noche, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—¿Quién es el personaje encantador, el pelirrojo, allá abajo, en el sótano?

—Uno de los muchachos. ¿Le ha estado importunando?

—Le dije que había perdido un encendedor y él me contestó que me fuera al diablo.

—Demasiados policías por acá. Cuando hay muchos policías dando vueltas, le ponen nervioso a uno. Eso es comprensible, ¿no es así?

—¿Por qué tantos policías?

—Porque ese maldito desgraciado que se tiró desde el piso veintidós no es un cualquiera.

—¿Quién es?

—Esto es secreto de Estado. No sé quién era, pero hay media docena de policías allá arriba, muchachos de alta categoría vestidos de paisano, y el comisario también está arriba con dos del Departamento de Justicia de aspecto culto, usted conoce esa clase de tipos con anteojos con montura de acero, y hay algunos periodistas..., eche un vistazo a esto.

Señaló el libro y leí el nombre del alcalde de Nueva York.

—Alguien muy importante —aseguró Joe Turtle con un movimiento de cabeza afirmativo—. Es el primer suicidio que tenemos en este edificio desde 1932. Quizá sea un asesinato. ¡Quién diablos puede saberlo!

—De todos modos —le aclaré—, era otra cosa lo que deseaba saber. Quería preguntarle si conoce usted a una joven muy bonita de cabellos negros, ojos azules, con carita redonda y de estatura mediana. Lleva un traje negro, una bufanda amarillo fuerte y encima uno de esos impermeables transparentes. No podría dejar de verla; quiero decir que si la hubiera visto la recordaría y no podría quitarle los ojos de encima.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Si la recordara, la recordaría, ¿no es así?

—Creo que sí.

En aquel momento entraron dos detectives vestidos de paisano.

—Veintidós —dijo uno de ellos.

—Tienen que firmar en el libro.

El hombre le mostró una chapa reluciente, pero Joe Turtle movió negativamente la cabeza.

—Tienen que firmar en el libro. El alcalde firmó, de modo que ustedes también pueden hacerlo.